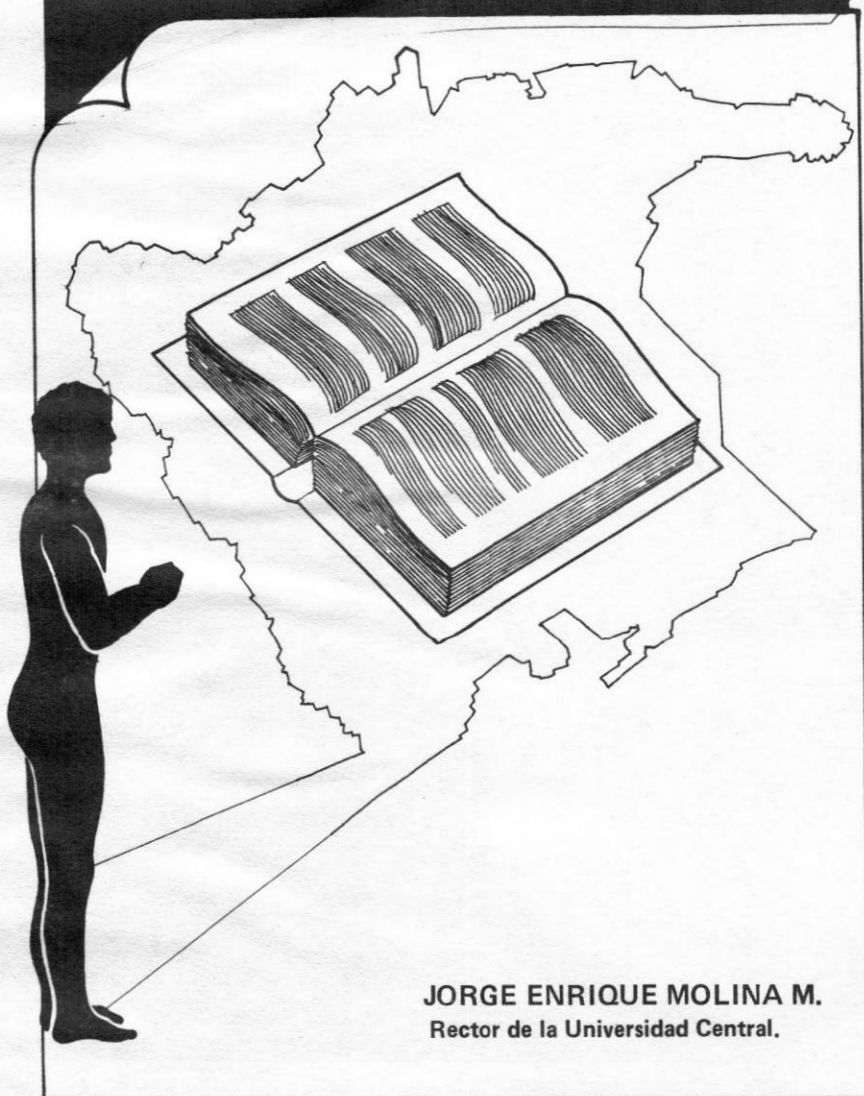


UNA CULTURA PARA EL HOMBRE COLOMBIANO



JORGE ENRIQUE MOLINA M.
Rector de la Universidad Central.

El nacimiento de Procultura S. A. abre un alentador paréntesis de esperanza para el desarrollo cultural del país. La gran Empresa destinada a producir y distribuir bienes culturales a los colombianos fue inspirada por el escritor e intelectual Jorge Eliécer Ruíz, actual director de la Biblioteca Nacional; la idea dinamizada por la brillante e inigualable directora de "Colcultura", Gloria Zea de Uribe, y su primer Gerente el Doctor Alberto Lozano Simonelli. Desde su creación, la Universidad Central atendió el llamado de sus gestores y ha participado con entusiasmo en su diseño y proyectos. Con ocasión de la constitución jurídica y elección de la primera Junta Directiva, la "Anif"—Asociación Nacional de Instituciones Financieras— en cuya dirección se encuentra el Doctor Ernesto Samper Pizano, que con tanta inteligencia viene aportando inquietudes y fórmulas para la solución de los grandes problemas nacionales, organizó el primer foro sobre el tema. En él participaron distinguidos exponentes del pensamiento.

Nuestra Revista Institucional "Hojas Universitarias" quiere prestar su contribución al enriquecimiento y difusión del seminario. Para ello ha escogido al reiniciar su vida normal, interrumpida por razones de fuerza mayor, las exposiciones de ilustres personeros como el Expresidente Alberto Lleras Cargango, el Exministro de Educación Nacional y candidato a la Presidencia de la República Doctor Belisario Bentancur, Gloria Zea de Uribe Directora del Instituto Colombiano de la Cultura, el Doctor Rafael Gama Quijano Gerente del Banco de la República, el Doctor Jorge Eliécer Ruíz Director de la Biblioteca Nacional, el Doctor Ernesto Samper Pizano Director Ejecutivo de Anif, el Doctor Jaime Michelsen Uribe Presidente del Grupo Grancolombiano y el Doctor Alberto Lozano Simonelli primer Gerente de Procultura. Inclúmos en la edición el discurso que pronunció el Presidente de la República, Doctor Julio César Turbay Ayala, el día de la firma de la escritura que dió vida jurídica a la Empresa de Procultura S. A., suscrita en el propio Despacho Presidencial.

Así, en este No. 10 de "Hojas Universitarias", los lectores encontrarán las intervenciones señaladas. Por mi parte, como Rector del Claustro, me he permitido hacer un enfoque de cómo esta Alma Mater concibe y encauza el tema de la cultura, destacando la responsabilidad particular de la intelectualidad en la salvaguarda de ella dentro de un clima de paz internacional. Thomas Mann afirmaba que "la cultura es la antípoda de la guerra" y el gran escritor Alejo Carpentier expresó "hablar de la cultura sin hablar de la paz significa permanecer en el campo de la abstracción". **Los intelectuales son creadores de cultura, pero el conjunto del pueblo es también creador de cultura y por lo tanto las actividades culturales de aquellos deben vincularse con los que realizan los diversos sectores de la comunidad, obreros, campesinos, estudiantes, etc., rescatando nuestro mejor patrimonio en busca de una auténtica identidad nacional.** De esta manera se hace una primera aproximación de nuestro punto de vista al respecto y el mío en particular. En concordancia hemos titulado la revista, abriendo un interrogante acerca de preguntarnos si con la creación de Procultura y sus nuevos mecanismos de financiación, nos colocamos dentro de una política cultural auténticamente popular, masiva y eficaz para la Nación. Ciertamente un país sin miras culturales se desintegra o agoniza.

Ante todo nos interesa una visión científica de la cultura, de la cual Colombia tiene una apremiante necesidad para avizorar su destino.

Lo primero que debe pensarse es en la responsabilidad que ante la historia tiene nuestro sistema de vida actual, **para que en él arraige una cultura democrática que posibilite a los colombianos en un manejo maduro y civilizado de las situaciones e instancias del mundo contemporáneo.**

Esa cultura que deseamos, científica en sus raíces y en su concepción, se hará a partir de las actuales carencias del pueblo colombiano y para ello es necesaria una gran fortaleza ideológica como requisito para el progreso y el desarrollo de las relaciones sociales de producción y la mejora económica.

Mas la cultura no puede quedarse como instrumento de la vida material. Ella debe penetrar en todas las manifestaciones de la vida, a fin de colmar también las apetencias espirituales de los hombres y mujeres del país, con la misma abundancia del oxígeno que respiramos, lo cual es tanto como decir que debe estar presente a lo largo del discurrir del tiempo humano: tanto del tiempo de la ocupación, el tiempo del trabajo, como en el tiempo libre. Es tan grave el despilfarro de la naturaleza como el del tiempo no laboral de los **hombres, hasta el punto que, desde la visión que queremos tener de la cultura, debe dárseles un alto nivel ético a través de la educación y de múltiples circunstancias sociales, para lograr una finalidad y un contenido cultos del tiempo libre.**

Al afirmar lo anterior, hemos tenido en cuenta los múltiples factores que han producido cambios en la conciencia del pueblo a partir de la revolución científico-técnica, tomando como punto de partida las gigantescas innovaciones habidas en los medios de comunicación desde la segunda mitad del presente siglo, agregando, además, a las investigaciones espaciales, descubrimientos en la biología, sofisticación y refinamiento nunca antes visto en el campo del armamentismo, producción automatizada y todo aquello que hizo cambiar la óptica del mundo, de la sociedad y de la vida. En todo ello encontramos que, frente al siglo XXI, las cualidades y tendencias de una cultura de nuevo tipo son indispensables en el manejo de problemas tan caros para el hombre como el de la libertad, la democracia, las relaciones con los semejantes, la vida política y afectiva y la propia relación de cada quien consigo mismo.

La sociedad mercantilista llevó a la sociedad de masas la superficialidad cultural, cuando no a su completa deformación. Ha sido así como la pornografía ha reemplazado al arte; **el espíritu y la vida interior de los hombres se ven desplazados por el dinero; las conquistas del pensamiento han retrocedido ante las fuerzas primarias del género humano.** La barbarie impuesta a la civilización en un plano nuevo. Y las fuerzas de la destrucción en ofensivo enfrentamiento a las capacidades humanas de creación.

En ésto, los medios de comunicación, altamente tecnificados, por encima de sus grandes posibilidades de divulgación y satisfacción culturales, han servido a la imposición del colonialismo cultural mediante la supresión de las formas de vida nacional a través de extrañas transferencias de costumbres y modos de valoración. Así, el consumo se impone, hace homogénea la valoración de los fenómenos sociales, no hay elección de alternativas y la publicidad

sustituye a la cultura como acto libre de la conciencia de los hombres. **La vida interior languidece y el hombre se vuelve un robot del consumo, tanto de ideas como de objetos**, mientras los medios de comunicación exportan la llamada "mas cultura" o cultura de consumo, con degradantes productos sedientemente culturales por parte de corporaciones transnacionales.

Es una característica de la dependencia y el subdesarrollo el traer aparejada la "contaminación" cultural, cuya expresión más acentuada es la deformación de la enseñanza, de la literatura, del arte, de las costumbres y tradiciones al introducir ideologías extrañas a la índole de los países menos desarrollados, junto con el menosprecio por el folclor y los aspectos lingüísticos. Se nos lava el cerebro para convertirnos en una mercancía, con la influencia del "Rock and Roll", contra nuestra propia alma, entristeciendo a la juventud que trunca sus ideales y perspectivas para el futuro.

Para nosotros es de particular trascendencia la defensa del español como primer vehículo cultural y como sustento de la nacionalidad y de una psicología social propia: los colombianos debemos volver al disfrute del español, a vivir en español, a reirnos en español y a pensar en español, tan menospreciado por el cosmopolitismo bajo el pretexto que no se corresponde con una estructura industrial altamente desarrollada.

En el trato que se da a nuestra lengua se hace presente el cosmopolitismo, que invade y debilita los sentimientos nacionales y genera la esterilidad conceptual.

La cultura que buscamos es la que permita la vida interior del hombre colombiano, es decir una vida libre. Pedimos, de tal manera, pensar y hacer una cultura en función del progreso social e individual.

No sobra recordar que en los marcos del subdesarrollo los adelantos de la técnica y de la ciencia no tienen la misma aplicación que en los países capitalistas altamente industrializados o que en los países socialistas. En ciertos países subdesarrollados las transferencias tecnológicas aumentan la opresión y así, los resultados de la ciencia no están en proporción con el bienestar social y por consiguiente con los requerimientos de los hombres. La ciencia, como fenómeno cultural que es también, se exige como un instrumento que cada país debe tener para su propio servicio, como agente libre dedicado a la transformación de las propias riquezas, sin que sirva como factor de sojuzgamiento de unos pueblos por otros y antes bien como elemento de ayuda en la búsqueda del bienestar.

La gran preocupación que nos embarga, como hombres universitarios, es la de la humanización de las condiciones de existencia del medio colombiano, en forma tal que permita a los hombres —particularmente a los jóvenes— la interiorización consciente, no sólo de la vida nacional sino también de todas las complejidades de la sociedad internacional contemporánea, tan rica en acontecimientos que merecen una metodología apropiada para entender los vertiginosos cambios que ocurren.

Pero no únicamente se necesita facilitar el paso del entorno a la conciencia, como primera etapa de la vida cultural, sino que, también con carácter prioritario, es impostergable el enriquecimiento de la conciencia para la creación cultural, como premisa esencial del desarrollo de la sociedad, o como un modo cualitativamente humano de la actividad vital.

Colombia tiene manantiales riquísimos de cultura popular que necesitan un medio favorable para su pleno florecimiento y su apropiación por grandes núcleos humanos. Mas, para que este deber se cumpla, es condición una gran estabilidad económica, ajena a toda improvisación; bienestar, alejado de la angustia; seguridad en el futuro; objetivos históricos acordes con el mundo actual; respeto a la convivencia entre los pueblos; defensa de la Paz, de los derechos de los hombres, para que así podamos encaminarnos hacia el siglo XXI con dignidad y disfrutando de todos los beneficios que la ciencia otorga a quienes le piden fines creadores.

El trajín universitario nos ha dejado como experiencia que la enseñanza que se imparte en Colombia no se orienta hacia el robustecimiento de una cultura nacional.

Estudios recientes sobre los alcances de la cultura nacional enseñan que ésta es parte inseparable de la independencia, el progreso y la convivencia entre los pueblos, y no una mercancía exportable. No puede haber empresas transnacionales de la cultura. Nuestra enseñanza —decimos— gravita entre el elitismo y el analfabetismo, polarización que impide consolidar las culturas nacionales.

La vida universitaria nos dá el convencimiento de que sin autoreconocimiento histórico, sin autenticidad cultural, no es posible elegir una manera de proceder patriótica y nacionalista por la razón de no haber configurado, bajo patrones culturales propios, una modelación de la conducta social.

La superación del origen irracional del hombre —y baste ver muchos ejemplos de la vida y el proceder de los colombianos— hace que desde la universidad busquemos propiciar una cultura que nutra la vida interior de los colombianos en un nivel ampliamente humanizado.

Se necesita capacitar al hombre colombiano para la creación y para hacerle posible su autorealización, encaminada ésta a que la vida tenga sentido creador.

En tanto que la cultura no se convierta en parte orgánica de la vida, viene a ser un lujo inútil.

Se habla mucho actualmente, teniendo para éllo como fundamento los medios de comunicación, de una cultura popular o de masas. Entendemos que el manejo de tal concepto encierra una connotación despectiva unas veces y elitista otras, debido a que si existe una "cultura de masas" es porque hay otra para los privilegiados. Y se quiere reforzar tal concepto, o mejor, justificarlo con el argumento de "alfabetizar al pueblo". Nosotros entendemos por cultura popular la cobertura total de la cultura nacional, sin transferencias ideológicas de unos estamentos a otros para lo cual se requiere un sistema y un estado ampliamente democrático. **Una cultura popular debe nacer de las propias circunstancias y, como resultado de las mismas, debe ser una orientación a pensar en los propios problemas, sentir las urgencias nacionales, vivir sabiéndose expresión de las relaciones sociales.** Una cultura nacional y popular no se reduce solamente a la instrucción.

Los grandes reclamos nacionales y mundiales demandan un alto nivel de formación ética. La Colombia de hoy, y —si es que tenemos futuro— la de

mañana, piden una sólida moral para abocar la vida política, los problemas del medio natural, la educación, las relaciones humanas, la vida espiritual. Todos estos aspectos encierran un dinamismo tan complejo que, en cada vez más cortos períodos, ofrecen situaciones nuevas: ante los hechos nuevos de la vida se necesitan condiciones culturales nuevas. Se requiere, por parte de los colombianos y fundamentalmente del Estado, una axiología de la riqueza espiritual de nuevo tipo, aún para enfrentarnos a las grandes miserias por las cuales atraviesa Colombia.

Colombia no es pobre, Colombia está empobrecida y avergonzada, su mirada se esconde ante tanta destrucción. Los intereses egoístas hacen cada vez más estrecho el lugar que a todos nos corresponde: el lugar de la Patria.

Ante la gran movilidad social a la que asistimos, ¿cómo hacer para fundamentar valores estables que nos aseguren un futuro más promisorio? Las grandes migraciones del campo a la ciudad, que se verán aumentadas en lo que resta del presente siglo, aumentarán la miseria a niveles nunca antes vistos. **La aparición de las "clases emergentes" con su prepotencia para comprarlo todo;** la proletarización de las **clases medias que hace sentir resquebrajado el piso de la historia al sector más dilatado de la sociedad colombiana y lo lleva a debatirse entre la frustración y la puerilidad;** la pauperización de los trabajadores, que los hace descender a niveles subhumanos, ¿impiden que tengamos fe en estructurar una cultura nacional y popular?

La economía del despilfarro empobrece cada día a Colombia. ¿Qué encontrará la generación que en el año dos mil tenga la necesidad de recoger lo que hoy se ha sembrado? Pero, peor aún que la destrucción y la enajenación de la naturaleza que se está llevando a cabo hoy, es la destrucción del bien más precioso de todos los habidos: el hombre, y junto con él su capacidad de creación.

Recientemente una Institución, de la cual es difícil desconfiar, hizo una "preocupante radiografía" que hace palpable nuestra angustia por el deterioro del hombre colombiano. Asevera dicho organismo que el desempleo en Medellín alcanza el nivel más alto de toda su historia: cien mil hombres, más ciento treinta y cinco mil subempleados. Quinientos mil niños no asisten a la escuela en dicha región y el 75% de los asistentes presentan síntomas de desnutrición y doscientos cuarenta mil bachilleres no tienen oportunidad de ir a los estudios superiores. Los niños se convierten en trabajadores a muy temprana edad y particularmente aquellos cuyas familias, hoy, tienen apenas un ingreso de cuatro mil novecientos pesos; al lado de doce mil casas de lata donde se hacen setenta mil personas. Todo esto en una sola región, considerada como la mayor productora de riqueza del país.

¿En qué nivel de bienestar estarán las regiones más atrasadas de Colombia?

La visión científica que pedíamos antes no nos permite considerar una cultura en abstracto, marginada del mundo social y de sus circunstancias. **Una proyección de la cultura, acorde con la época, ante todo debe ser un proyecto nacional que hunda sus raíces en lo más profundo del ser de la patria.**

Para cumplir ese proyecto, es menester considerar que la autenticidad cultural del hombre colombiano será la misma autenticidad de la sociedad colombiana en su conjunto.

Duele como liberal, que en la plataforma política del partido, no se haya dedicado ni un solo renglón al tema de la educación, la Universidad y la Cultura. Parecen vedados estos temas que no se abocan con seriedad, imprimiendo una mirada civilizada, seria y progresista hacia el porvenir.

Tenemos fé en el futuro de Procultura y en los nuevos medios de financiación esbozados. Por ello "Hojas Universitarias" aboca el programa con seriedad, y rinde homenaje a la obra que realiza Gloria Zea de Uribe desde "Colcultura".

JORGE ENRIQUE MOLINA M.